

momento presente. Una vida para hoy. Una vida que sólo sirve para vivir el presente.

¿Qué significa esto? Que si la gente hoy tiene hambre, trabaja hoy para ganar dinero, pero también que si hoy no tiene hambre, hoy no trabaja. De esta manera, por ejemplo, en los campos se echan a perder toneladas de fruta y verdura que, tras la cosecha, se podrían recoger y repartir gratis para los meses de mayor escasez. Cuando los pobres de los alrededores no están hambrientos —cosa que sucede generalmente durante la cosecha, dado que ayudan a los agricultores en la recolección y se ganan un pequeño sueldo—, ya no piensan en volver otra vez a los campos y agacharse de nuevo para recoger los tomates o patatas que han quedado. Por eso, al acabar la cosecha, en las grandes haciendas se apila con excavadoras y se tritura toda la fruta que ha quedado en el suelo. Por su parte, los pobres sólo se pondrán a trabajar cuando vuelvan a tener hambre. Y si no hay trabajo, muchas veces acaban robando para aplacar las urgencias del momento.

Es evidente que esta actitud existencial agudiza el problema de la pobreza no sólo en Argentina, sino también en el resto del mundo, y se corresponde con un estadio evolutivo que ya no es el del ser humano actual, sino el de los cazadores y recolectores de la prehistoria. Hay que ir a por la presa cuando se necesite y cuando pase alguna por delante, y si no se necesita porque uno se encuentra bien, pues no se hace nada. ¿Para qué, si uno ha encontrado el equi-

librio interior? Sin embargo, cuando se despierta el instinto, se pone uno «impulsivamente» en movimiento y busca algo que pueda satisfacer ese instinto. Es un continuo ir y venir entre la acción y la permanencia en la provisionalidad existencial.

Calma instantánea

En nuestra sociedad podemos encontrar un patrón similar en personas con *tendencia crónica al apaciguamiento*. Cuando alguien les pide algo, inmediatamente le dan largas. Cuando, por ejemplo, se les solicita cualquier cosa, y esta cosa es molesta o desagradable de hacer, su respuesta más común es: «Sí, sí, ya lo haré». De esta manera apaciguan al solicitante y aplazan lo solicitado a un futuro donde, si es posible, no tendrá lugar. De momento obtienen calma, y lo que suceda después, ya se verá... Tienen la esperanza inconfesada de que quizá ya no sea necesario hacer lo que les piden. Si el solicitante insiste mucho y se empeña en que su demanda se satisfaga inmediatamente, estas personas transigirán, pero no porque comprendan la necesidad de la solicitud, sino simplemente para que les dejen en paz con tanta «súplica». Cuando el solicitante se va, terminan la actividad iniciada y todo queda como antes.

Estas personas muestran tendencias de apaciguamiento análogas en todas las situaciones precarias en las que sería conveniente un enfrentamiento serio con

los problemas pendientes. Si, por ejemplo, un miembro de la familia enferma de gravedad, dan muestras de un optimismo superficial para no tener que mirar a los ojos a una eventual amenaza de muerte del enfermo y ni siquiera comparten con él este optimismo. Si el familiar se recupera, no habrá pasado nada, y si muere sin complicaciones, se habrán ahorrado una despedida traumática. Desde la perspectiva de la vida puntual, el futuro es el lugar donde todos los disgustos y fastidios susceptibles de alterar el equilibrio del momento están a buen recaudo, porque, mientras se puedan depositar ahí, no hay que preocuparse por ellos en el presente y se puede vivir en la suposición ilusoria de que se solucionarán por sí solos.

El futuro también tiene otro significado cuestionable para la provisionalidad existencial: el de la justificación de ideas fatalistas. El futuro se vuelve oscuro porque, en cierto modo, está «lleno» de todas las molestias y fastidios que se han ido desplazando hacia él. Se huye y se evita todo trato con él en cada momento. Así, el futuro se convierte en un monstruo insaciable que devora cualquier esperanza, sobre todo la de una vida feliz. Si es cierto que el futuro alberga alguna esperanza, ésta sólo puede ser la de escapar de la necesidad de superar este o aquel problema depositado en él para que el tiempo lo solucione.

Este futuro sombrío, donde no se proyecta la más mínima esperanza en una evolución positiva y constructiva en aras de una vida feliz, sino que, en el mejor de los casos, se reproduce una continuación

de la actitud de apaciguamiento, repercute inevitablemente en la persona. El futuro despierta en el individuo la sensación de que no vale la pena esforzarse o «invertir» en él. ¿Para qué matarse hoy trabajando si mañana se puede haber acabado todo? ¿Para qué molestarse cuando es posible, e incluso probable, fracasar? ¿Para qué demostrar cualquier compromiso por algo si las circunstancias externas son las que «tiran los dados»? La actitud existencial provisional favorece una conducta fatídica: consumamos, gastemos, disfrutemos hoy lo que tenemos y dejemos las preocupaciones para mañana, para un futuro inminente ante el cual más vale cerrar los ojos desde nuestra impotencia y desamparo, porque de lo contrario no podremos gozar el presente.

Las personas que adoptan esta actitud existencial aprenden, a través de la improvisación constante, el arte de la compensación momentánea y desarrollan la elasticidad necesaria para esquivar obstáculos, pero nunca toman precauciones ni dan los pequeños pasos que conducen al gran objetivo. De esta manera se cierran a cualquier compromiso por un proyecto y tienen que arreglárselas sin un futuro que lleve el sello de su participación.

Niveles evolutivos más elevados

En contraposición a lo descrito anteriormente, existe un nivel evolutivo superior que podemos des-

cribir como *vivir en la recta final*. El individuo tiene un objetivo ante sí y se mueve directamente hacia él. Planifica para el futuro, toma precauciones y, en caso de necesidad, renuncia hoy a algo para estar mañana más próximo a ese objetivo. Así se forma e intensifica la capacidad de invertir en un esfuerzo que hoy no produce nada, pero que dará frutos en el futuro. Hay proyectos que sólo se pueden elaborar con expectativas de éxito sobre una recta final, como las carreras académicas o profesionales, los proyectos familiares o las reformas políticas y culturales. Incluso la disminución de la enorme pobreza actual en el Tercer Mundo requeriría el esfuerzo solidario de todos los pueblos en una recta final.

Pero el compromiso con una serie de objetivos, aparte de ventajas, también alberga *dos peligros*. Por un lado, siempre hay objetivos que se quedan sin cumplir, lo cual acarrea desengaños y la sensación aparente de que todo el esfuerzo ha sido en vano (véase la historia de mi paciente en el capítulo anterior). Sin embargo, si profundizamos un poco, lo aparente se revela como erróneo, porque nunca ningún esfuerzo se realiza en vano ni ninguna vida comprometida es una vida perdida, tal como expresa claramente un dicho oriental: el propio camino es fin y premio. Pongamos un ejemplo. Si después de siete años en la universidad una persona no consigue licenciarse y se ve obligada a dejar la carrera, por lo menos habrá adquirido una plétora de conocimientos que le acompañará toda la vida. Además,

gracias a las duras horas de estudio y ejercicios, habrá conseguido desarrollar una autodisciplina que, en el futuro, le permitirá aplicarse cuando sea necesario. A veces, renunciar con valentía es el mayor mérito que se puede tener; un mérito equiparable a la consecución del objetivo. Sin embargo, el desengaño duele.

El segundo peligro que acecha en las rectas finales requiere una valoración aún más crítica. Se trata de la inducción a perseguir con vehemencia y fanatismo el objetivo equivocado. Es el peligro de avanzar y mandar sin escrúpulos o de querer imponer ideas extremadas a cualquier precio. La apatía de la vida puntual antes descrita se convierte ahora en un ensañamiento en el presente en aras de un mañana con tintes utópicos por el que se sacrifica todo sin contradicciones, pero que se revela como un amargo despertar en un caos provocado por uno mismo.

Por todo ello, es necesario avanzar hacia un nivel de la evolución humana espiritual y éticamente más elevado, donde las rectas finales se conviertan en *rectas de sentido*. Hay que escalar un nivel en el que nos comprometamos con proyectos, pero con proyectos llenos de sentido y utilizando medios sensatos. El sentido no se obtiene preguntando por el beneficio propio, sino únicamente preguntando por todas las cosas del mundo que merecen hacerse realidad. El sentido nos atrae con la urgencia de su llamada, pero, al mismo tiempo, nos frena una y otra vez en el avance constante hacia él para hacer una